

UMBRAL.

LA VOZ DE PEDRO DESDE UNA ISLA CASI INVISIBLE.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

En la atención del mundo y en el corazón de los cristianos han quedado impresas huellas imborrables marcadas por la presencia y la palabra del Papa Francisco.

Poca ha sido, sin embargo, entre nosotros, la que dejó en una tierra casi invisible en el mapa: Lampedusa, isla italiana en el sur del Mediterráneo, frente a la costa africana de Túnez el 9 de julio, al inicio del tiempo del “Ramadán” para los musulmanes que son la mayoría de quienes ahí han llegado como náufragos no sólo del mar sino de las exclusiones contemporáneas o han dejado su vida sin llegar a puerto.

Lampedusa es un sitio que muestra las realidades de la emigración: el hecho doloroso de tantos que han perecido, la hipocresía de no pocos gobiernos (el senador Cicchito, cercano a Berlusconi, propuso una ley para regresar al mar a los “ilegales” y dijo sobre la visita y las palabras del Papa “que no era lo mismo predicar que gobernar”) y sobre todo una indiferencia ante el sufrimiento y la injusticia que echa raíces. Vivimos el riesgo de la “globalización de la indiferencia” y no pocos están instalados en ella, subrayó el Pontífice.

Francisco, después de orar brevemente, arrojó a las aguas una corona florida y en un altar hecho con madera de barcas abandonadas, celebró la Eucaristía con color penitencial: “—Estoy aquí para rezar, no para levantar clamores.”

La homilía se dirigió, sin vueltas, al fondo del espíritu, a descubrir el miedo que se gesta frente al que viene a “perturbar” la vida instalada, los proyectos fatuos de la cultura del bienestar, la realidad escandalosa de que la pobreza de muchos es fuente de ganancia para las redes de traficantes de personas. Con el telón de fondo de los textos bíblicos sobre Raquel que llora la muerte de sus hijos y la huida a Egipto de José y María ante la amenaza de Herodes exclamó: “--¿No más el llanto que difunde Herodes!” y dejó abiertas tres preguntas: la de Dios cuando Adán desconcertado se escondió de su vista: “--¿Dónde estás Adán?”, la del mismo Dios a Caín y su respuesta de distancia e indiferencia: “--¿Dónde está tu hermano? --¿Acaso yo soy el guardián de mi hermano?” y una más dirigida a nosotros: “--¿Quién ha llorado por la muerte de estos hermanos?, ¿por las madres jóvenes que llevaban a sus hijos? ¿Por estos hombres que deseaban algo para mantener a sus familias?”

El punto geográfico de la isla mediterránea habla sobre todo a los europeos y a las comunidades y gobiernos de los países de África del Norte. Agudamente el diario italiano “Il Messagero” había anunciado días antes: “es un viaje denso en símbolos y mensajes para Europa.” Los conceptos del Santo Padre, sin embargo, valen también para los pueblos de América Latina, Estados Unidos y el Lejano Oriente; apunta a muchos centroamericanos que en busca del “sueño americano” se encuentran con “la pesadilla mexicana”; a la hipocresía del Congreso estadounidense, los cálculos políticos estadísticos de Obama y al silencio o apenas audible murmullo del gobierno mexicano en torno a las leyes migratorias y la ignominia del muro material y cibernético que se erige para impedir el paso a quienes pertenecen a una humanidad creada para vivir en una tierra que es de todos. Vale para tantos que pasamos de largo junto al herido a la vera del camino como el levita y el sacerdote de la parábola evangélica.

El Papa Francisco ha llamado nuestra atención proponiendo una “cultura de la proximidad” (es decir, de la atención al prójimo sin caer en el simple asistencialismo) para ocupar el lugar del egoísmo y la indiferencia. Un corazón abierto al prójimo es sin duda fuente de libertad y alegría, pues, como dice San Pablo—y es totalmente cierto-- “hay más gozo en dar que en recibir.”

historiador

